

MUJER SIN BARRERAS.

Mati adelantó el despertador una hora. Para ella era más difícil que para cualquier otra persona afrontar un cambio de esa envergadura, después de tantos años trabajando en el mismo lugar, sobre todo sin saber, con un mínimo detalle, cuales serían las condiciones físicas de su nuevo lugar de trabajo.

La poca anticipación con la que había recibido el correo electrónico con el que le comunicaban su traslado no le había permitido hacer muchas averiguaciones. Lo intentó con la persona del Departamento de Recursos Humanos que le atendió por teléfono, pero no resultó ser demasiado receptiva. Más bien al contrario, el tono que había utilizado al decir que, quizás, gracias a las “cuotas” se había librado de ser una de las “agraciadas” en el expediente de regulación de empleo, la hizo desistir de hacer más preguntas.

Aparte de quedarse, una vez más, con las ganas de mandar a alguien a un sitio donde no querría estar, también hubiese querido preguntarle a qué cuotas se refería: a las de mujeres con un puesto de nivel medio dentro de la empresa, a la de mayores de cuarenta y cinco años o a las cuotas de “cojos” y “cojas”, como ella se definía a sí misma, haciendo gala de ese humor “tostado” que tantas veces la libraba del desaliento.

Hasta el día antes las cosas habían sido mucho más fáciles. Siempre se levantaba con tiempo de asearse, desayunar y recoger un poco la casa. Después tan sólo tenía que salir y recorrer unos metros hasta la parada de autobús. Desde allí, llegaba en apenas quince o veinte minutos muy cerca de su lugar de trabajo.

En cambio ahora, su nuevo destino se encontraba a las afueras de la ciudad. Tras estudiar el recorrido llegó a la conclusión de que, para trasladarse al trabajo, debía cambiar de medio de transporte. De otro modo, tendría que planear la salida de casa con mucha más antelación y acomodarse a los horarios de tres líneas distintas de autobuses, con mala combinación y con la posibilidad cierta de que a alguno de ellos no le funcionase la plataforma elevadora. Verse obligada, en consecuencia, a esperar al siguiente. Sobre todo, estaba el riesgo añadido de llegar tarde en más de una ocasión, dando a la empresa la excusa perfecta para librarse de ella.

Así que optó por bajar al garaje y tomar los mandos de su vehículo particular, con el riesgo de no encontrar cuando llegara un aparcamiento apropiado, dentro del edificio o en un lugar próximo a la entrada. Temía verse obligada todos los días a aparcar lejos, a empuñar las muletas al salir del vehículo y a confiar en que el trayecto fuese transitable; a contar con las mínimas facilidades para acceder a él y llegar a su puesto de trabajo sin tener que depender de la amabilidad o de la caridad de los transeúntes, para abrir puertas, salvar desniveles y obstáculos inesperados.

A pesar de todas sus previsiones, el tráfico denso y algunas incidencias con vehículos parados que obstaculizaban parcialmente la vía, le hicieron llegar a su destino tan sólo con quince minutos de antelación con respecto a la hora en que debía presentarse en Recursos Humanos. Era un edificio grande, bordeado por un cerramiento metálico y entre ambos había un espacio ajardinado y plazas de aparcamiento. La entrada de vehículos estaba precedida por un puesto de control en el que era inevitable

identificarse antes de traspasar la barrera, que permanecía cerrada.

Un vigilante de seguridad abrió la puerta de la garita y se acercó a ella. Con evidente desgana, tras un saludo mecánico, le preguntó:

—¿Tiene usted acreditación, o alguna cita concertada?—

—Me llamo Matilde Acevedo Ruíz. Hoy es mi primer día de trabajo en este edificio y todavía no tengo ninguna acreditación—

Tras pedirle que esperase un momento, el vigilante volvió a introducirse en la garita. Desde su posición le pareció verlo teclear y mirar de forma intermitente la pantalla de un ordenador. La búsqueda no parecía tener el resultado esperado. Le vio cabecear despacio hacia los lados con un gesto frustrado. Por fin, llevado por una especie de revelación, se golpeó la frente con la palma de la mano y se levantó para recoger del otro lado del mostrador lo que podría ser un cuaderno o un libro de visitas.

La preocupación de Mati aumentaba viendo como pasaban los minutos, ante la cada vez más segura perspectiva de no llegar a tiempo. A la vez, veía como algunos coches que llegaban después la sobrepasaban e, introduciendo una tarjeta en un lector, abrían la barrera y accedían al recinto. Esto acrecentaba para ella el riesgo de que al entrar, se hubiesen terminado de ocupar los últimos espacios disponibles.

Por fin el vigilante, accionando desde dentro la apertura de la barrera, le indicó que ya podía pasar.

observó que a pocos metros de la entrada y muy cerca del acceso al edificio habían cinco espacios acotados y señalizados como aparcamientos de minusválidos. Cuando se disponía a dirigirse hacia el único de ellos que quedaba disponible, se le adelantó un Audi que llegaba en dirección contraria tras haber rodeado el perímetro de las oficinas. Sin saber qué hacer en ese momento, permaneció parada observando que el ocupante del Audi salía de él sin ninguna dificultad. Pasó por delante y vio que se trataba de un joven de aspecto saludable que se desplazaba con agilidad y que tintineaba alegre las llaves tras apuntar al coche con el mando a distancia y accionar el cierre centralizado.

En esta situación, Mati asumía ya lo imposible de presentarse a tiempo en el departamento de Recursos Humanos y lo difícil que debía ser encontrar un espacio en alguna otra parte del recinto. Al meter la marcha automática para continuar adelante se le ocurrió que, tal vez, aquel vigilante ocupado en encender un cigarro, podría tener algo más que decir o algo más que hacer de lo que había dicho o hecho hasta ese momento.

Empujó la puerta para tener espacio suficiente en el que apoyar las muletas, se incorporó y dio algunos pasos hacia el vigilante. Éste no reparó en su presencia hasta que ella le habló en voz alta desde su posición, señalando al Audi —Ese señor no tiene tarjeta de minusválido y me atrevería a decir que los demás tampoco. ¿Por qué los dejan aparcarse ahí?—

El vigilante le contestó como si aquella intervención perturbase el orden natural de las cosas:

—A mí no me corresponde decirle a cada uno donde debe y donde no debe aparcar— Comenzó a sacudirse la ceniza del cigarro que le caía en el pantalón mientras reparaba en que otros coches se aproximaban a la entrada y comenzaban a introducir sus tarjetas en los lectores para abrir la barrera.

—Y además le pido que haga el favor de retirar su vehículo porque está obstaculizando el paso— .

En efecto, Mati comprobó que su vehículo impedía que los coches que se incorporaban al recinto superasen la barrera en su totalidad y pudieran seguir avanzando. Con la cabeza gacha, aceptando las posibles consecuencias de su retraso hizo amago de entrar de nuevo. Pero en lugar de eso, apoyó la espalda en la puerta trasera quedando como paralizada durante unos instantes, mirando al suelo. Tras esos momentos en los que fueron en aumento tanto los pitidos de los vehículos que pretendían pasar como las indicaciones del vigilante que de ser ruego sordo e imperativo, pasaban a veladas amenazas, en lugar de disponerse a iniciar la lenta maniobra de entrar y colocarse en su asiento, golpeó y cerró la puerta con el tope de goma de una de sus muletas, lo más fuerte que pudo. Después de accionar el mando a distancia, volvió a mirar al vigilante y le dijo:

—Después de todo, tengo de darle la razón. A usted no le corresponde decirle a cada uno donde debe y donde no debe aparcar— A continuación, se encaminó hacia la puerta de entrada sin que toda aquella algarabía de pitidos, insultos e imprecaciones, le afectara en lo más mínimo.

Todavía hoy en día, cinco años después, en la planta noble, los más veteranos recuerdan de vez en cuando la mañana en que la actual Directora de Recursos Humanos, fue la causante del mayor problema de orden público jamás ocurrido dentro de la empresa.

Enero 2018.